

El embrollo norteafricano

ESPAÑA-MARRUECOS-ARGELIA-LIBIA

PUEDE ser mera casualidad que el Rey de Marruecos, Hassan II, pase unos días en España y converse con el Jefe del Estado y el del Gobierno al mismo tiempo que el secretario general del Partido Socialista Obrero Español viaja a Argelia y se le reciba con honores de Jefe de Estado. Podría ser también una alta maniobra diplomática de trama invisible, que acudiera a personajes inusitados e inesperados para tratar de resolver una crisis, o, por lo menos, el fragmento de crisis en la que España está implicada a su pesar: en parte, por una errónea política anterior con respecto a África del Norte, en parte por obligaciones imperiales y en parte también por una determinada situación geográfica.

La cuestión del Norte de África ha sido tradicionalmente mal enfocada desde un punto de vista político. Concretamente con Marruecos. La ocupación de una franja estrecha y pobre de Marruecos en condición de protectorado, tras una serie odiosa de guerras produjo una potenciación inverosímil de la labor española, hasta la consecución de algunas personas que se aproximaron al tema como "africanistas", sumando todo un inmenso y complejo continente a esa breve implantación territorial, o recordando al cardenal Cisneros y evocando recuerdos gloriosos del Imperio, cuando la realidad es que el "africanismo" produjo unos gastos suplementarios durante muchos años en nuestro presupuesto y no acumuló riqueza alguna. La descolonización se hizo muy adecuadamente en un principio: jugando una carta antifrancesa — como respuesta o contraoferta a Francia, cuya derecha (Bidault, la democracia cristiana) había cerrado las fronteras con la España de Franco—, y, por otra, la política proárabes, en que se apoyaba inevitablemente una de las dos patas de nuestra política exterior. La otra era Hispanoamérica, y por idénticas razones: porque los árabes y los latinoamericanos trataban de enfrentarse de alguna manera con los vencedores de la guerra —ingleses, franceses y americanos— que les colonizaban, e incluso durante la guerra los nacionalistas árabes y americanos buscaron colaboración con Alemania no por razones ideológicas, sino por considerarla enemiga de

sus enemigos, y suponer que un triunfo alemán sobre los colonos occidentales podría suponer el final del colonialismo. Sin embargo, cuando ya la descolonización se produjo, España trató de demorarse en sus promesas, lo cual ocasionó que quienes habían esperado más de España se manifestaran en contra: la misma salida del general García Valliño —el último alto comisario— se produjo con malos modos. Es decir, una vez más la política sin audacia del conservadurismo y del continuismo iba a desbaratar un porvenir.

Esa porvenir siguió mal. Francia consiguió aprovecharse de la descolonización, dejando atrás técnicos, contratos, influencias. Esos mismos dirigentes ocultos que dejó atrás Francia destruyeron prácticamente las posibilidades de cooperación industrial y cultural, mientras desde Madrid se seguía considerando a los "moros" como unos vasallos liberados, con una altanería paternalista y hasta con el recuerdo en cada familia de los muertos en las guerras de África. Hoy el mismo idioma español se está perdiendo en la zona de lo que fue protectorado. Se ha abandonado el tema, se ha dejado perder con displicencia y señorío. La idea, a veces emitida por algunas personalidades españolas y marroquíes, de que España podía ser el puente que enlazara Marruecos con Europa se ha hundido. Se salta fácilmente por encima de España.

Con respecto a Argelia, la política española ha sido aún más distante. Era un problema puramente francés, y si España intervino algo en los momentos difíciles de la guerra de independencia, fue más en favor de Francia que de Argelia, aunque esto nunca fue claramente visible. España ya tenía un contencioso menor con Francia, le preocupaba, en cambio, la instalación de un régimen comunista —como alarmaba Francia— en esa costa del Mediterráneo, y de alguna forma le preocupaban los millares de colonos españoles —especialmente levantinos— instalados en Argelia por su cuenta, sobre todo en el Oranesado. Pero ya habían caducado las viejas reivindicaciones españolas sobre aquellos territorios, contenidas aún en el clásico libro de Arelliza y Castilla: se hubiera podido esperar que una victoria de Alemania en la guerra mundial confiase

a España una penetración mayor en Marruecos, de donde sería expulsada Francia, y una recuperación del Oranesado que había sido español a partir del siglo XVI.

El problema del Norte de África superó pronto a España: Marruecos se incluyó clara y decididamente en la órbita atlántica —los Estados Unidos— y mantenía un régimen imperial —con el breve intento de Mohammed V— y feudal, Argelia se convertía en un país de socialismo autogestionario, fuera de la órbita de Estados Unidos, y en España estaba tomando parte, dentro de lo posible, por Marruecos. El tema iba a complicarse con la descolonización del Sahara. Una vez más, España descolonizó mal, tardíamente, con vacilaciones, hasta dejando lugar a la jugada espectacular de la "marcha ver-

de". El porvenir de los saharauis no interesaba a nadie que no fueran ellos mismos: interesaba la jugada imperial de implantación de Marruecos-Mauritania (Mauritania había sido amenazada ya por el imperialismo marroquí a raíz de la independencia, y la fuerza de Estados Unidos había evitado el enfrentamiento hasta convertir a los dos hermanos enemigos en aliados circunstanciales) frente a la implantación argelina, o una independencia que hubiera sido socialista, autogestionario y bajo la influencia de Argelia. Al mismo tiempo, Francia, que ha sabido conservar en su descolonización, como antes queda dicho, la influencia en Marruecos y en Mauritania, y que mantiene frente a Argelia la posición imperial atlántica, interviene también junto a Marruecos, y no precisamente al lado de lo que pudieran ser los intereses de España. Quizá, dicen hoy los estrategas, Francia está haciendo otro tipo nuevo de juego: apoyar a Mauritania y no precisamente a Marruecos, por temor a un expansionismo marroquí demasiado grande. Se atribuye con audacia al Quai d'Orsay una inversión de alianzas, que devolvería a los saharauis la potestad sobre su territorio, con influencia mauritana e incluso argelina, con el fin de contener a Marruecos en sus propios límites. Si esto se llegara a producir y se llegara a una nueva fórmula de independencia saharauí, en medio de todo esto España habría sido de nuevo la víctima de una descolonización mal hecha, apresurada y sin intención política propia. Si este juego de la diplomacia y la economía francesa fueran ciertos, Hassan II estaría ahora en Madrid buscando la alianza de España frente a Francia para ayudarla a mantener bajo Marruecos el territorio saharauí. Y en ese caso, Marruecos contribuiría notablemente a la "estabilización" de las Canarias.

Las Canarias las ha puesto en juego políticamente Argelia. Su respuesta a la actitud española sobre el Sahara en favor de Marruecos ha sido la de amparar y fortalecer el movimiento más disparatado de los que existen en Canarias: el MPAIAC de Cubillo, al que ha dado sus micrófonos —y en estos días se los ha retirado— y sin duda algo más: armas, organización, barcos. Que también le estarían llegando de Libia, desde donde El Gaddafi parece una fuente incansable de ayuda a movi-



El conde de Barcelona, padre del Rey, embajador insólito en Trípoli.



Felipe González se entrevista en Argel con Solimán Hoffman y representantes del FLN argelino.

mientos revolucionaristas. Frente que en este grupo diplomático que parece estar saliendo de España ha ido a intentar tapar otro embajador insólito, el conde de Barcelona, padre del Rey. El propio Rey, conversando en Madrid con Hassan II, el conde de Barcelona, en Trípoli, con El Gadafi, y don Felipe González, en Argel, con Bumedian, son efectivamente tres embajadores tan inesperados, tan fuera de usos y costumbres, que podrían indicar la importancia que

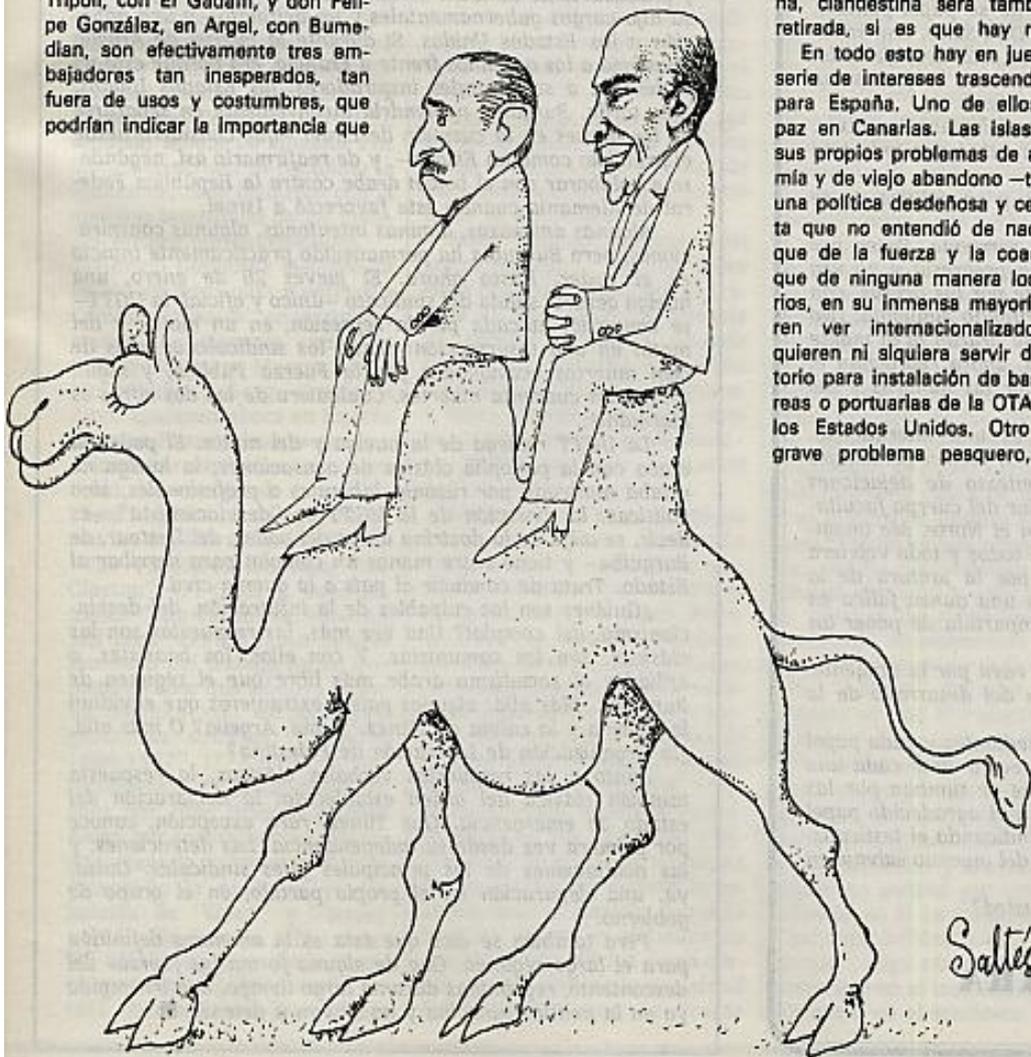
España da a esta cuestión, que durante tantos años ha tratado tan mal, con tanta altivez y con tanta ignorancia. Se habla de algunos frutos: que Marruecos ha contenido una ola de "marroquinización" de Canarias —instalación de minorías comerciantes, que comenzaba

a inquietar por su número y por su introducción económica—; que Argel ha retirado el micrófono a Cubillo y ha comenzado a ser más comedida en sus propios actos. No sabemos lo que se habrá conseguido en Trípoli: pero si la ayuda revolucionaria era clandestina, clandestina será también su retirada, si es que hay retirada.

En todo esto hay en juego una serie de intereses trascendentales para España. Uno de ellos es la paz en Canarias. Las islas tienen sus propios problemas de autonomía y de viejo abandono —también una política desdénosa y centralista que no entendió de nada más que de la fuerza y la coacción—, que de ninguna manera los canarios, en su inmensa mayoría quieren ver internacionalizados. No quieren ni siquiera servir de territorio para instalación de bases aéreas o portuarias de la OTAN o de los Estados Unidos. Otro es el grave problema pesquero, y los

acuerdos con Marruecos, que no son satisfactorios, a lo que se suma la acción pirata de los "Incontrolados" contra los barcos de pesca españoles. Un tercer tema, pero trascendental, es el de Ceuta y Melilla, que ni el Gobierno español ni ninguno de los partidarios políticos, sea cual sea su filiación, consideran negociable: las poblaciones españolas que residen tradicionalmente en las dos ciudades tienen derecho a todos los sistemas de defensa. Absolutamente a todos.

Queda el tema Sahara-Polisario. España podía haber pactado la independencia a quienes se la debía: a quienes ella misma había dado ocasiones de organización y autogobierno, aun con todas las ratificaciones posibles. España podía haber guardado en ese pacto los beneficios de un intercambio técnico, económico y cultural que hubiera favorecido a los dos países. El Polisario se consideró inicua-mente marginado en estas circunstancias. Contó con el apoyo de los partidos de la izquierda españoles: teme ahora que esos partidos estén empezando a abandonar su causa, llevados por razones de Estado. Nadie criticará dentro de España a los partidos de la izquierda por seguir las razones de un Estado que es tan de ellos, tan nuestro, como los de quienes gobiernan. Pero aún hay todavía razones morales y éticas en el mundo, y muchos de los últimos movimientos mundiales se han inspirado en esas razones. La forma de mantener los intereses de Estado y de sostener al mismo tiempo los derechos del pueblo saharauí, quizá sean difíciles de conciliar, pero hay que buscarlas a toda costa. Si la izquierda es sobre todo una conciencia, no debe olvidar esa conciencia. ■



Saltés.